

conclusión de que la norma debe estar basada en el uso competente y consciente de las variedades y recursos lingüísticos para lograr la eficacia comunicativa óptima según los fines que se busquen.

Lo que nació como un proyecto de Colombo y Soler en 1998 da, más de diez años después de *Cambio lingüístico y normatividad* (2005), la segunda de sus publicaciones, *Normatividad y uso lingüístico*, que es un valiosísimo fruto que enriquece la visión sobre norma y uso de todos los lingüistas interesados en el español.

MARÍA ANDREA FERNÁNDEZ SEPÚLVEDA
El Colegio de México

Lexicon Latinitatis Medii Aevi Regni Legionis (s. VIII-1230) Imperfectum/
Léxico latinorromance del reino de León (s. VIII-1230). Editioni curanda
e prefuit Maurilio Pérez. Brepols Publishers, Turnhout, 2010
(*Corpus Christianorum Continuatio Mediaevalis*).

Los resultados que se presentan en este libro son a todas luces espléndidos, tanto por los contenidos y su utilidad académica como por la razonablemente corta duración para su cumplimiento, gracias a una novedosa propuesta de trabajo por campos léxicos, lo que ha permitido a los autores trabajar con todo el material léxico, primero, para proceder luego a su alfabetización. Esto explica en parte la calificación de *imperfectum*, pues se presenta el léxico estudiado hasta el momento de su publicación y no la totalidad del léxico de los diplomáticos y textos cronísticos. El sacrificio, sin duda, ha valido la pena, ya que nos permite aprovechar desde ahora los adelantos del trabajo sin tener que esperar no sabemos cuántos años más para alcanzar la quimera de un lexicón que documente la totalidad de campos léxicos posibles (aunque, en el fondo, no existe un diccionario total, por lo que cualquiera en esencia puede aceptar también el calificativo de *imperfectum*). En todo caso, se trata de un adelanto de otro proyecto mayor, de modo que el rubro de *imperfectum* sugiere también el siguiente peldaño en la trayectoria de la investigación: mientras que el proyecto que arranca en 1982 sólo se proponía la preparación del LELMAL (*Lexicon Latinitatis Medii Aevi Legionis*), luego de 2001 el proyecto evolucionó de forma natural hacia el LELMACEL (*Lexicon Latinitatis Medii Aevi Castellae Et Legionis*). La vecindad lingüística de las zonas justifica la necesidad de mudar un proyecto local al terreno más amplio tras las fronteras leonesas; mientras tanto, se presenta el léxico leonés.

A nadie interesado por el latín hispánico medieval o por el romance temprano escapa la importancia de este volumen. Desde 1993, año del I Congreso Nacional de Latín Medieval, José María Fernández

Catón expresó en una mesa redonda titulada *Lexicon Latinitatis Medii Aevi* la necesidad de constituir grupos de trabajo que en ciertos parámetros geográficos y cronológicos, y en un marco de comunicación académica como la que se constituía en el Congreso, confeccionaran a mediano plazo un glosario latinorromance medieval. El interés que despertó la propuesta está recogido en el “Resumen” que preparó el propio Maurilio Pérez González en las actas de dicho congreso (*Actas del I Congreso Nacional de Latín Medieval*, Universidad de León, 1995, pp. 665-670) y sus avances se han presentado y discutido de forma periódica en las sucesivas ediciones del *Congreso Hispánico de Latín Medieval* desde entonces, dentro de un panorama sustancialmente modificado. Si para la reunión en la que José María Fernández Catón animaba los esfuerzos necesarios para llegar a un lexicón latinorromance los resultados concretos resultaban escasos (el llorado medievalista recordaba el *Glossarium latinitatis medii aevii Cataloniae*, del que sólo se habían publicado las letras A-D entre 1960 y 1985), hoy en día podemos hablar de resultados concretos como los de este *Lexicon Latinitatis Medii Aevi Regni Legionis*, la continuación del proyecto de léxico latinorromance de la zona de Cataluña, *Glossarium Mediae Latinitatis Cataloniae* (vinculado al proyecto europeo de un *Nuevo Du Cange* y publicado hasta la letra G) o de bases de datos que, en combinación con buscadores cada vez más poderosos, crean un lexicón dinámico, como sucede con el corpus documental gestionado por el CODOLGA (*Corpus Documentale Latinum Gallaeciae*), versión 7 (2010), del Centro Ramón Piñeiro para la Investigación en Humanidades (<http://corpus.cirp.es/codolga>), bajo la batuta de José Eduardo López Pereira, José Manuel Díaz de Bustamante, Fernando López Alsina y otros. Aunque estas bases de datos no crean por sí mismas un glosario, sí ofrecen fundamentos sólidos para iniciar el análisis léxico con cierta seguridad. El éxito y funcionalidad del CODOLGA, en todo caso, ha inspirado proyectos en otras áreas geográficas, como el CODOLVA, *Corpus Documentale Latinum Valencie*, proyecto todavía en fase de consolidación.

El trayecto iniciado en 1982 puede parecer cosa fácil, pero su realización ha significado el concierto de diferentes situaciones cuya relación a primera vista no es obvia, como la publicación de los diplomáticos que integran el corpus, el desarrollo de herramientas informáticas que auxiliarán en las distintas fases del proyecto, desde la digitalización de los diplomáticos asturleonese, su limpieza y adecuación, hasta el desarrollo de gestores de bases de datos finos y potentes como los utilizados, ConTEXT y Visual FoxPro 5.0. Lo que en 1993 sólo era un proyecto, ahora toma cuerpo y alma en más de ochocientas páginas de información léxica imprescindible para el trabajo diario de los medievalistas tanto de latín medieval como de lenguas romances o árabigas (porque los arabismos están a la orden del día).

La publicación del volumen se debe no sólo al tesón de los involucrados, que es mucho, sino también a la eficacia del novedoso método propuesto y que, en un corto plazo, debería ser seguido por otros grupos de trabajo: recursos técnicos como las bases de datos y los gestores han permitido que la elaboración del lexicón se prepare de forma simultánea en varios niveles, de modo que la preparación no ha sido gradual, letra por letra, sino que se ha hecho por campos léxicos en un sentido muy amplio. Ya en el III Congreso Hispánico de Latín Medieval de 2001, señalaba Maurilio Pérez González los campos léxicos en los que estaban trabajando (léxico feudal y de vasallaje, procesal y jurídico, diplomático, de la cancillería y cultural, familiar y socioprofesional, fluvial y marítimo, religioso y filosófico-religioso, común, económico), lo que nos da una idea de la extensión semántica del estudio, pero también de los resultados. Las ventajas de esta forma de trabajo no son nada más cuantitativas (gracias a ello hoy tenemos un lexicón en toda regla para la zona asturleonese), sino también cualitativas; como señala Maurilio Pérez González, director y principal responsable del proyecto, “pensamos que de este modo se obtiene una mayor precisión y profundidad en los resultados, puesto que los vocablos son redactados por estudiosos especializados o en período de especialización en uno, dos o más campos léxicos” (p. vii). La aplicación del concepto de campo léxico también es amplia, de manera que no habría que entenderlo como un límite, sino como un concepto instrumental; por lo que, en palabras de Maurilio Pérez, “bien podría decirse que con cierta frecuencia trabajamos simplemente no condicionados por el orden alfabético” (*id.*). En todo caso, los resultados son palpables a lo largo de las casi 3020 voces definidas.

Este léxico se acompaña de una presentación del director del proyecto (y redactor de casi 60% de las entradas), Maurilio Pérez González (“Introducción”, pp. v-lxxvii), en español, francés e inglés, donde se ofrece un panorama general de los conceptos metodológicos básicos seguidos en la elaboración de este léxico y las instrucciones de consulta. La base de datos del *lexicon imperfectum* se alimenta de las obras historiográficas y las colecciones diplomáticas asturianas y leonesas publicadas hasta 2001. Por el lado de las crónicas, se han considerado las ocho más importantes compuestas hasta 1230, entre ellas la *Chronica Adefonsi Imperatoris*, la *Chronica Albeldense* o la *Crónica de Sampiro*; respecto a los diplomáticos, la relación de más de cuarenta fuentes nos da una idea aproximada del volumen material del corpus: 9 350 diplomas. Como puede advertirse por el corpus de arranque, el *Lexicon Latinitatis Medii Aevi Regni Legionis* transmite principalmente el latinorromance del período (siglo VIII-1230) o, con más propiedad, el latín medieval diplomático, definido por Maurilio Pérez González en otro trabajo y recordado aquí como “la lengua utilizada por los notarios, amanuenses y copistas medievales en el ejercicio de su

oficio de redactar, escribir y copiar los diplomas medievales. Es una lengua fundamentalmente escrita, con frecuencia leída en voz alta y ocasionalmente tal vez incluso hablada. Es lengua latina en primera instancia, pero, por razones y necesidades prácticas, cada vez más salpicada de características (gráfico) fonéticas, morfosintácticas y léxicas propias de las lenguas romances” (p. viii).

El origen del corpus ofrece resultados sumamente interesantes para el latinista y el lingüista interesados en procesos de cambio lingüístico desde una perspectiva formal, habida cuenta de que “el latín medieval asturleonés está plagado de variantes gráficas latinas, ya romances o a medio camino entre el latín y el romance” (*id.*). Estas variantes (denominadas en el *Lexicon imperfectum*, “variantes formales”) están rescatadas en todos los casos y se presentan como un listado que sigue al lema, con señales que permiten distinguir a primera vista la frecuencia y calidad sintáctica de las apariciones: se señala cuando la variante formal sólo aparece en una ocasión [!ababte; !accepymus]; cuando presenta dos o más ocurrencias en singular y plural [accipio, accepi]; cuando presenta dos o más ocurrencias en singular o plural condensadas en una ([abba(s)] representa *abbay abbas*); cuando presenta dos o más variantes formales en singular y plural condensadas en una ([abad(e)] representa al mismo tiempo *abad y abade*); variantes formales con distintos finales, de los que al menos uno parece corresponder a una terminación casual ([abbatt-] para *abbatte, abbattem*, etc., pero nunca aparece *abbatt*); variantes sin y con distintos finales, de los que al menos uno es o parece corresponder a una terminación casual combinada ([abat(-)], para *abat* y para *abate, abatem, abatibus*, etc.). Este cuidadoso trabajo de análisis, selección e interpretación de las variantes grafemáticas (y tras ellas, con toda probabilidad fonéticas) permite advertir a primera vista los cambios de forma que expresan los documentos: “**abba(s), -atis**. Var.: abab; !ababte; abad(e); abat(-); abath; !abbab; !abbad(e); !abbaitis; !abbastis; abbat; abbatorum (g. *pl.*); abbatt-; apa; appa”; o “**accipio, -ere, accepi, acceptum**. Var.: acceb-; accepi-; !accepymus; accibi-; aceb-; acep-, acepi-; !acepitmus; !acepnus (=acepimus); !achcepi; !aciapiatis; !acibimus; acipi-; !acqebit; !actipio; !aczepit; !acziplat; !adcepiumus; adceb-; adcep-; !adcepiumus; !adcepiuimus; !adcepiumus; !adciipimus; !azcipere; azep-; !azzeipimus; haccep-; haccipi-; !haccepimimus (=haccepimus); !hacepiumus”.

Las variantes formales se reflejan en cada lema, de modo que también encontraremos en las entradas alfabetizadas *achcepi, aciapiatis, acibimus, acipi-, azzepimus* con la remisión correspondiente a la grafía de mayor frecuencia de uso y que ha pasado a identificar la entrada léxica con todas las variantes. Aunque esta forma de representación parece poco económica, los ejemplos anteriores pueden dar una idea de la enorme variación gráfica y de la idoneidad de contar siempre con una guía en el glosario cuando nos encontramos delante de formas

extravagantes como *aciapiatis*, *actipio* o *azzepimus* en los textos diplomáticos. La representación de las variantes formales recoge, en primer lugar, los “intentos de los escribas de adecuar las grafías al habla, pues la pugna latín/romance empezó muy pronto, aunque no se resolvió más que a comienzos del siglo XIII” (p. viii), pero como herramienta crítica también ayuda a distinguir información relevante (grafías con dos o más ocurrencias) de información accesorio (grafías con una sola ocurrencia marcadas por !), siempre que “otras variantes se explican por la ignorancia y por la falta de atención de los amanuense medievales, pero a veces también por algunas transcripciones deficientes” (*id.*). El perfil más acusado de una grafía extravagante es el de las falsas palabras, palabras aparentes o palabras fantasma, aquellas entradas léxicas “que no tienen realidad lingüística, sino que generalmente son producto de errores de copia, pero a veces también de errores de transcripción e incluso de errores de imprenta” (definición de J. Bastardas citada por Maurilio Pérez, p. ix). La condición de estas palabras fantasma está bien anunciada en el lexicon desde la grafía de la entrada, en versalita, y se aclara en el cuerpo de la entrada (a veces con la misma amplitud y atención que se destina a una palabra común): “«**ANTEMANISSUM**: CO 19.156 (908). Item signos ereos fusiles V^c, id est, unum qui pendet post tribuna in domum Sancti Saluatoris, grandissimum, rotundum, mire opere factum; alium quadrum cum aquis, et tercium **antemanissum** in domum Sancte Marie». No hemos encontrado esta palabra en ningún diccionario medieval. Así pues, si no hay errata del editor, *antemanissum* es una palabra fantasma probablemente debida a un *lapsus calami* del amanuense medieval, consistente en escribir *antemanissum* en vez de *antemissum*, part. pret. citado por Latham (*Word-List*, s.v.) quien lo traduce por «put as prefate», y por el MW”.

El tema no siempre tiene, sin embargo, una solución fácil y unívoca; en el caso de *Almancina* y *Almazina*, transmitida dos veces en la *Colección documental del archivo de la catedral de León*, el texto de la entrada ofrece sucintamente los distintos enfoque léxicos sobre la palabra, con lo que la nota se transforma de modo natural en un sintético artículo sobre léxico: “Sobre esta voz no hemos encontrado el más mínimo rastro en ningún léxico o glosario medieval, sea latino o rom., por lo que *almancina*, *almazina* parece una palabra desconocida. Pero Oliver, 204, cree que «estos términos, hasta ahora no calificados de arabismos, proceden del nombre de lugar *mansif(a)*, deriv. de la raíz *NSF* ‘dividir en mitades, marcar o tomar la mitad’, que ha dado origen al topónimo albaceteño Almansa, ‘la mitad del camino’... y al leonés *Almanza*». En consecuencia, Oliver traduce *almancina*, *almazina* por «la mitad de una tierra». Ahora bien, el término **mansif(a)* no está documentado en ár. andal. ni clásico. Todavía podría pensarse en otras posibilidades, aunque siempre dudosas, por lo que, habida

cuenta de que el contexto no permite establecer con seguridad el sentido, por prudencia seguiremos considerando (como Corrientes, DAAL 142) que *almancina*, *almazina* es una palabra de significado y étimo desconocido. MPG”.

El tema de las palabras fantasma podría resultar irrelevante si no fuera por la frecuencia con la que se registran: *aluaelum*, *aluaeilo*, *annosca*, *annonina*, *argeant finitatem*, *butixo*, *calellum*, *caperna*, *carzalles*, *cedra*, *celargado*, *ciber*, *cimbrio*, *circum*, *cofum*, *cotado*, *comuniabile*, *currus*, etc. El registro exhaustivo de palabras fantasma se justifica porque a menudo se han estudiado desde la perspectiva de los documentos aislados y pocas veces en esta perspectiva relacional, de manera que muchas de las especulaciones arrojadas por el estudio particular pueden confrontarse ahora con el contexto general del corpus, para lograr así mayor precisión en los resultados. Cuando ha sido posible, ante las dudas que despierta la edición o transcripción empleada, los autores de las entradas han inspeccionado los documentos de forma directa; cuando no, avisan sobre la posibilidad de que el origen del error esté en la edición consultada; en otros casos, se informa cuando la palabra fantasma pudo derivar de una *lectio faciliior* o de un error de copia del escribano.

Si desde la perspectiva de la alternancia de grafías este lexicón se convierte en un verdadero léxico histórico de variación gráfica y frecuencias, el panorama de los contenidos léxicos que acostumbramos encontrar en un glosario de este tipo también se ha ampliado con propósitos prácticos. Este lexicón, a diferencia de la mayoría de los glosarios medievales, no se limita al léxico específicamente latino medieval, con exclusión de las formas clásicas, sino que registra el amplio espectro de términos usados en la documentación del corpus, donde igual conviven latinismos clásicos y medievales que romanismos, arabismos o germanismos; así, señala Maurilio Pérez González que el LELMAL “incluye todo el léxico, sin excepción, registrado en los textos asturleonese historiográficos y diplomáticos. La mayor parte de los diccionarios de latín medieval excluyen los términos utilizados sólo con su valor en el latín clásico; y harían bien, si tales términos existiesen. Pero nosotros partimos del punto de vista de que todos los vocablos del latín clásico usados en el latín medieval generalmente contienen valores nuevos; así sucede incluso en el caso de la conjunción *et*” (p. vii). De este modo, el lector encuentra en el LELMAL “básicamente vocablos de origen latino y griego; pero también vocablos evolucionados, es decir, romanismos, así como otros de origen árabe, germánico, celta, etc., sea cual sea su situación grafemática, fonética, morfológica o sintáctica” (p. ix). El registro exhaustivo de sentidos de una palabra no es ocioso, siempre que deriva de un uso atestiguado por las prácticas historiográfica y documental. Así, la conservación del sentido clásico de una palabra puede convivir con desplazamientos semánticos, pero

sólo su registro puntual nos permite confirmar dicha convivencia. La indicación del sentido clásico de la palabra por medio de un asterisco (*) permite al lector confrontar estos usos a simple vista:

absoluo, -ere.

¶ 1. **Soltar, desatar, apartar, separar...*

¶ 1.1. **Libertar, dejar libre...*

¶ 1.2. *Librar o eximir de una deuda o impuesto...*

¶ 2. *Pagar...*

¶ 3. **Absolver, perdonar (en sentido religioso)...**

Cuando el sentido clásico tiene poca frecuencia en el corpus, el lector encontrará la información necesaria, como en el caso de “agricultor, -oris”, donde se indica que “la doc. ast.-leo. sólo presenta dos ej., el primero de los cuales se usa en sentido figurado” o en el de “agricultura, -e”, donde se añade en nota que “la doc. ast.-leo. sólo presenta este ej., que además se encuentra en una copia muy tardía”. Otros sentidos clásicos se hallan en contextos medievales, lo que se informa de modo oportuno en las notas; así, por ejemplo, “absolute” se presenta con su valor clásico de “perfectamente, completamente, en su totalidad, de una madera acabada”, pero se añade en nota que “en la doc. ast. este adv. forma pareja la mayor parte de las veces con *libere* (*libere et absolute*)”. Para los sentidos propiamente medievales, pero de poca frecuencia, también se señalan los perfiles de uso: para “adinuentio, -ionis”, se señala que “este sust. se registra seis veces, y sólo en la doc. de la catedral de León, donde siempre alude a posibles hallazgos o localizaciones de posesiones”. Cuando el sentido medieval ofrece algún rasgo peculiar atribuible al corpus, éste se señala, con lo que la extensión semántica del desplazamiento se ofrece acotada por sus usos, como sucede con “alkabala”, que “no es vocablo ast.-leon., por cuanto que el único ej. atestiguado se encuentra en un doc. ubicado en la catedral de Salamanca, pero de origen y contenidos valencianos. Dicho doc. está firmado por doña Jimena, la viuda del Cid. Se trata, en efecto, de un impuesto sólo cast. hasta las disposiciones de las cortes de Burgos, promulgadas a instancias de Alfonso XI, en 1342 (*vid.* Valdeavellano, *Instituciones* 596 y 608)”. En el caso de la variante formal “emi”, derivada de “hemina”, se advierte sobre el hecho de que no se trata de una mera abreviatura: “esta variante podría considerarse un mero corte de la palabra (*emi* por *emina*), si no fuera porque también se encuentra en pl. Obsérvese que se registra en la doc. del monasterio de Otero de las Dueñas, caracterizado por su aspecto sumamente vulgarizante”; en los ejemplos registrados se advierte, claro, “V emis de ceuaria”, lo que apunta a una morfología romance.

Todos estos matices pueden incorporarse gracias a la construcción de una entrada compleja, en la que se indican las variantes formales

y luego, mediante índices y subíndices para cada acepción, se presentan los ejemplos respectivos. El uso del término se ejemplifica en un contexto amplio que comprende al menos un caso de cada variante formal, ordenado según su antigüedad cronológica. Al final de cada ejemplo se indica su procedencia, su localización en la edición y, en los casos de los diplomas, entre paréntesis se señala el año. En el cuerpo del artículo hay llamadas para notas críticas, de manera que cada acepción puede comentarse extensamente. Esta peculiar construcción de la entrada permite desarrollos amplios y personales que rematan con la autoría de la nota. Quizá sea éste otro de los rasgos de originalidad del *Lexicon Latinitatis Medii Aevi Regni Legionis* que mayor impacto tiene en el espíritu y los resultados del proyecto: al presentarse con autoría (en ocasiones, incluso, una doble autoría), cada entrada se transforma en un verdadero artículo. La extensión y profundidad de la nota varía en relación con la investigación previa que hay sobre el vocablo, por lo que hay notas como la siguiente, en la que se muestra, al mismo tiempo, el proceso de desplazamiento semántico del término en un marco relacional con otros conceptos semánticamente cercanos, se proponen dudas sobre la datación y se sugieren distintas posibilidades de interpretación de los datos:

alferiz

¶ 1. Alférez: abanderado, portaestandarte del ejército real^b: OD 292.41 (1092) Alferice regis Comez Gundisaluiz; MI 2.46 (1093)^c Gomez Gouoncaluez, qui erit anni illius armiger regis, idem **alferize**, confirmo [...].

^b La voz **alferiz** es frecuente sólo a partir del reinado de Alfonso VII, hasta el punto de que, según Gamba 565, todas las menciones de un **alferiz regis** en la doc. anterior a c. 1125 son sospechosas. A tenor de las fuentes disponibles, la evolución de este cargo puede resumirse así: desde mediados del s. X a fines del s. XI, el **armiger regis** es básicamente el escudero del rey y posiblemente su guardaespaldas; durante los reinados de Alfonso VI y Urraca I parece adquirir una dimensión ceremonial; a partir del segundo cuarto del s. XII, con las designaciones concurrentes de **alferiz** y **signifer**, pasa a ser el portaestandarte del rey y, como tal, jefe de la **mitilia regis**; y ya en el s. XIII adquiere el carácter de jefe de la hueste y representante de la justicia real. Vid. Salazar 199-220; Montaner-Escobar 35-45; Manchón, **Léxico** 605-37 (para el conjunto de la evolución terminológica); Valdeavellano, **Instituciones** 489-90, 493-94 y 619.

^c MI 2 (1093) es una copia posterior, aunque tal vez menos coetánea de lo que dice su editor, pues el término **alferiz** se extendió no antes de la tercera década del s. XII; incluso se puede afirmar que en MI 2.46 (1093) la expresión **idem alferize** (- **id est alferize**) parece una glosa del copista, consciente de que ya no se dice **armiger regis** en el momento en que se efectúa la copia. Del ej. precedente en OD 292.41 (1092) hay que subrayar que este diploma sólo se conserva por una fotografía; pero si su editor tiene razón al afirmar que su texto es original, habrá que aceptar

que la sustitución de armiger regis por alferiz se adelantó en las zonas fuertemente romanizadas, como es el caso del monasterio de Otero de las Dueñas.

Entre los autores de las entradas, destaca el trabajo de Maurilio Pérez González, con más de 60% de las entradas y Estrella Pérez Rodríguez con 20%; el resto se reparte entre Pilar Álvarez Maurín, Rafael García García y Carlos Pérez González (y otros cuatro autores con menor participación). Alberto Montaner Frutos, conocido especialista cidiario y buen conocedor de historia social y cultural de la zona, pero también arabista, preparó varias entradas y en muchos casos (más de cien, según indica Maurilio Pérez González), fungió como coautor, especialmente en una amplia franja de léxico procedente o relacionado con el árabe. Otros investigadores, como Dieter Kremer, José Ramón Morala y Federico Corrientes supervisaron las etimologías de procedencia germánica, celta y árabe. En el apartado técnico, José Manuel Díaz de Bustamante asesoró al proyecto en los aspectos relacionados con la gestión de las bases de datos, plataforma ineludible para un lexicón con esta envergadura.

Este principio de identidad nominal para cada entrada permite la misma profundidad crítica que corresponde a un glosario de autor (al estilo del *Glossarium mediae et infimae Latinitatis* de Du Cange) o incluso mayor, al tratarse de especialistas en su campo, pero sin romper la armonía con el conjunto, dado que todos los autores han tenido la misma oportunidad de ampliar la entrada en función de las necesidades de la categoría léxica. Esta constitución provee a cada definición de rasgos propios con un desarrollo flexible en cada ocasión. Así, en la entrada “epacta”, redactada por Maurilio Pérez González y Santiago Domínguez Sánchez, se añade copiosa información sobre la datación de cada uno de los diplomas de donde se toman los ejemplos y se precisan los límites de su uso (“en la doc. ast.-leon. sólo se usa cuatro veces, siempre en el monasterio de Villanueva de Oscos y entre los años 1168 y 1208”, aunque se trata de una forma de datación frecuente en los diplomas medievales); de “erugo”, Maurilio Pérez González advierte que todos los ejemplos “se encuentran en una misma expresión bíblica presente en VULG. Matth. 6, 20”; a pesar de su aparente sencillez, la entrada de “et” preparada por Maurilio Pérez González es una de las más amplias, pues en ella se incluyen valores típicamente medievales como giros pleonásticos con valor copulativo (asociada a *necnon*, *necnon etiam*, *siue*, *siue etiam*), con valor copulativo e intensivo (asociada a *etiam* o a *quoque*), con valor pleonástico e intensivo (asociada a *quod*, *quam*, *sedsimiliter*, *quomodo*, *sicut*), a lo que se agrega un análisis final de variantes gráficas más y menos evolucionadas, del tipo *hie*, *i*, *ie*, *y*, *ye*, *e*, *ed*, *het*.

Estrella Pérez Rodríguez prepara, entre otras, la entrada de “aqua, -e” que, si bien en su valor referencial no aporta nada al significado

clásico (acepciones 1-4), en el ámbito de la fraseología muestra un uso intensivo como parte de frases hechas: “aquae aquarum” para designar el conjunto de aguas de una propiedad, “aqua calida” para referirse a la ordalía en la que el acusado debe sacar unas piedritas de una caldera llena de agua hirviendo, “aqua uertente/inuertente” para referirse al sentido de la corriente y otras más; sobre “archiepiscopus”, Pérez Rodríguez apunta que, como forma de tratamiento, se usó poco en la documentación asturleonese hasta el nombramiento de Bernardo de Cluny en Toledo, por lo que el tratamiento en documentos anteriores a 1087 puede apuntar hacia su uso como forma reverencial o, simplemente, a la presencia de copias tardías o interpoladas de los documentos. En el caso de las entradas que redacta Alberto Montaner Frutos, se advierte una mayor atención a la etimología y al contenido referencial del léxico; en “alfagiara”, hápax de origen árabe, las cinco líneas que ocupa la redacción de la entrada y el ejemplo citado se convierten en una treintena de líneas en el tipo más pequeño de las notas, donde se presenta un estado de la cuestión respecto a la etimología de la palabra y argumentos en favor de su significado como piedra preciosa; en “marca, -e”, de procedencia germánica, apunta el autor en nota que “el marco se introdujo en la época de Alfonso VI como patrón ponderal o tipo por el cual debía regularse la talla de los dineros, siendo conocido por ello como marco alfonsí o toledano” y “fue sustituido como moneda de cuenta por el maravedí en el s. XIII”.

En algunas entradas elaboradas en colaboración con Maurilio Pérez González, como “almexia”, pueden leerse varios argumentos para precisar el sentido de la palabra (“en este diploma, que no parece referirse a personajes importantes, la *almexia* se cita junto a una piel, siendo ambas piezas el pago por una viña. En principio, cabría dudar de que se tratase de un vestido lujoso, en consonancia con la categoría social del personaje. Ahora bien, dado que una piel [o más bien una túnica forrada de piel, cf. Pidal, *Mio Cid* 514-515 y 788, s.v. *brial* y *pellicon* respectivamente, y Menéndez Pidal 65 y 78-79] no iba a ir acompañada de una prenda cualquiera, en especial tratándose de un pago, seguramente esta *almexia* era también una prenda de gran calidad”).

Respecto a los ejemplos, cada lexema del paradigma se presenta con el contexto suficiente para que el lector pueda deducir sin dificultad tanto el contenido semántico como las relaciones sintácticas de sus usos. La extensión de los contextos, por supuesto, varía en función del tipo de ejemplo, ya que un sustantivo en una enumeración comprende el campo semántico del grupo, mientras que un deíctico anafórico requerirá su antecedente; la sensación final que deja cada consulta es de suficiencia y precisión en los cortes. La organización de los ejemplos por la fecha de la documentación (señalada entre paréntesis en el caso de los documentos) permite estar atento a la evolución de la palabra, aunque siempre resulta necesario volver

sobre las notas para considerar las opiniones de los redactores, pues a menudo pueden apreciarse desajustes entre la fecha del original y la fecha de conservación del testimonio editado. En la entrada “ripa, -e”, preparada por Estrella Pérez Rodríguez, por ejemplo, podemos apreciar que a partir de 980 se vuelve común la alternancia entre la sorda y la sonora, con tendencia a la sonorización; en nota, la autora señala que “Oelschläger y el *DCECH*, *s.v.*, sitúan en 942 el empleo más antiguo de la forma rom. *riba*. Nosotros hemos encontrado un ej. ligeramente anterior, de 914-924, en CL 64.40 (vid. supra ¶ 1); pero se trata de un diploma falso, cuyo ejemplar más antiguo conservado es de la primera mitad del s. XI”. Para la voz latina “plano/-um”, la evidencia grafemática del latín medieval diplomático permite advertir la evolución fonética de la palabra y sus peculiaridades:

¶ 1. *Terreno llano, planicie, llanura (cultivada o no)*: CO 8.44, 53 (863) *serte mea in Perlauia ex integra iuxta planu qui fuit dompne Creose et domum Aloiti...* Per illa serra in directo a sursum usque in **plano** et ipsum ruzzum ex integrum; CO 17.162 (905) *Secus flumen Narceia sub salto inferiore (sc. concedimus) unam magnam uineam in medio plano*; CL 285.15 (955) et ibidem in ipso **plano**, de karrale qui discurret ad illa naue; SH 389.7 (1006) et inde suso per illos **planos** et per lombia iuso; CL 679.26, 36 (1009) *Et alia terra super illa fonte in illo flano* sicut ea comparabit de Cidi Abeica ex intecra... Alia uinia in ilo **fla** de Gontisicut ea comparabit de Cidi Abeica; SH 880.8 (1091) *alia terra a boca de illos ualles in plano*, per termino de filios de Fernando Doniz; ES 8.16, 17 (1120) et cuomo discurre ad portel de uila Montan usque deuene ad **flan** de Vint et inde deuene ad **plan** Damaia; SH 1301.4 (1148) *Et ipsa uinea est in loco predicto in flano* de Pedregales; SP 171.47 (1150) et inde ad illa scripta pro ad **xam** de las Corzas, per penna del Caluo; VO 15.10 (1174) in Azeuedo, in Centenale et **plam** de rocas, intus et foris, exitus et reditus; SP 231.16 (1187) *duas terras in illo xano* et alia ad Vignola et alia ad pontem de Bueza; IS 196.2 (1214) *fatio cartam uenditionis de una uinea quam habeo in illo xano* de Cascabelos; CD 268.6 (1218) per *Castrum Sancti Michael et per chanum* de Fontanella, et per pena de Cerdeiras; PE 54.15 (1219) *concedimus firmiter in locum predictum Villanoua uno ero que iacet in lano* de Villanoua; RC 81.21 et unum **lanum** quod uadit per illas uias ad Fontanella; RC 157.4 usque in illo aquauercio de illos **lanos** de Trobano.

La oportunidad de contar con ejemplos datados y con todas sus variantes formales permite al lector hacerse una idea precisa de la evolución fonética de la palabra o, al menos, de las alternancias formales que se dieron en un ámbito geográfico determinado. En todo caso, los redactores de las notas presentan los resultados sucintos del análisis de los materiales; en este ejemplo, Maurilio Pérez González señala en nota que “los grupos *pl-, cl-, fl-> ch-* en el gall.-port. y en el leon. medieval. Pero en este último la grafía *x-*, con una pronunciación fricativa

sorda [š], implicaba una pronunciación diferente de la de *ch-*, por lo que en el caso del leon. medieval se singularizó no sólo respecto del cast., sino también respecto al gall.-port., aunque no tanto en el caso del leon. occ.”.

El amplio calado del *Lexicon Latinitatis Medii Aevi Regni Legionis* (s. VIII-1230) *Imperfectum* dirigido por Maurilio Pérez González puede y debe medirse por sus objetivos, por la filosofía pragmática que ha orientado los caminos del grupo desde un vacío académico evidente en 1982 hasta las presentes 3 020 entradas publicadas gracias al talento individual de sus redactores y a un conjunto de decisiones prácticas acertadas (como el uso de bases de datos, la formación de un *corpus* revisado a partir de fuentes impresas, la organización por medio de campos léxicos) y por la compleja construcción de cada entrada (más cercanas a la arquitectura del artículo léxico que a la mera ficha informativa, siempre con identificación de su autor). Se trata de una obra de lexicografía, señera en muchos aspectos, que viene a llenar un hueco importantísimo en los estudios de lingüística medieval hispánica latinorromance y, al mismo tiempo, sienta un precedente sobre métodos de trabajo cuya demostrada eficacia servirá, con toda seguridad, para orientar a futuros grupos de investigación. La utilidad de esta primera etapa resulta evidente: para los latinistas, permite profundizar en panoramas generales como el de Du Cange o diccionarios dinámicos como el CODOLGA, donde hay mucha información, pero falta su estudio y sistematización; para los lingüistas (hispanistas, romanistas o latinistas) se trata de una magnífica herramienta que permite comparar realidades lingüísticas en un complejo universo de lenguas en contacto y complementa muy bien otros trabajos (los capítulos de léxico de Manuel Ariza, *La lengua del siglo XII, dialectos centrales* [Arco/Libros, Madrid, 2009], resultan más amenos y provechosos si se leen en paralelo con el LELMAL, por ejemplo). El *Lexicon Latinitatis Medii Aevi Regni Legionis* (s. VIII-1230) *Imperfectum*, al final, es un vasto depósito de la cultura de una época sedimentada en los registros de sus usos lingüísticos, de modo que también el lector no especializado puede encontrar provecho en la lectura por placer, donde aprenderá que la “cítara” en León, por influencia del árabe andalusí, se refiere más bien a una cobertura textil tanto del culto religioso como del ámbito de la ropa de cama, mientras que la aparición dentro de la documentación de la “cithara” de raíz griega se limita a la *Chronica Adefonsi imperatoris*, por influencia bíblica; que los “azores”, por su alto valor pecuniario, servían para corroborar las escrituras, o el enorme número de arabismos acogidos por el latín notarial de la época.

ALEJANDRO HIGASHI

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa